

LA TRAMPA DEL PESIMISMO

Tomás Straka

La actitud que niega los logros alcanzados por la sociedad venezolana es una trampa que nos condena al inmovilismo, ante la «prueba» de que somos una nación de incapaces. Esta trampa siempre ha tenido, además, implicaciones políticas de importancia, que a la larga nos despojan de la oportunidad de asumir nuestro destino sin tutelas autoritarias.

EN 1963 se publicó en Caracas uno de esos libros escritos con la ilusión de cambiar al mundo. Entonces Venezuela estaba viviendo el entusiasmo de una democracia que se mostraba capaz de sortear grandes turbulencias, como las que venían agitándola desde su nacimiento; una democracia que, además, parecía expresar las aspiraciones de las mayorías, con muy pocas fisuras en el consenso, tal como lo refrendaban los votos. La economía se recuperaba de la crisis que había estallado con la caída de la dictadura y de nuevo experimentaba una vigorosa expansión. Había indicios —al menos eso, indicios— de que finalmente comenzaba la industrialización. Todos los días nacía una nueva empresa, se fundaba una escuela o un laboratorio universitario, se inauguraba el ramal de alguna carretera. Muchos venezolanos iban engrosando ese amplio y a trechos difuso espectro que es la clase media. Casi todos los que se asomaban a la bola de cristal de su porvenir lo hacían con la convicción de que las cosas iban a mejorar. Sin embar-

go, el libro no registraba ese estado de ánimo. No aparecía con el objeto de atajar el optimismo que inundaba a inversionistas y politólogos; ni para advertir, como hicieron otros, de los peligros de un espejismo; al menos no era ése su único propósito.

El libro no es otro que *Lo afirmativo venezolano* de Augusto Mijares, que entonces editó la Fundación Mendoza. Tanto la editora como el autor pregonaban una forma alternativa para el desarrollo de Venezuela, centrada en la iniciativa empresarial y el trabajo, en vez de esas ventajas —escuelas, carreteras, industrias y empresas— nacidas por obra y gracia del maná petrolero, en las que veían el origen de todo lo que pasaba entonces y el peligro de que no fuera sostenible a largo plazo. En el fondo, se trataba del viejo debate en torno a las posibilidades de un desarrollo auténticamente capitalista, que se mantenía desde 1830, y que siempre ha llevado a pendular entre el liberalismo y el intervencionismo, en todas sus gradaciones. Aunque tanto Eugenio Mendoza, la gran cabeza detrás

de la fundación, como Mijares, con todo y sus reservas, estaban comprometidos con la democracia y sus banderas esenciales, éste no es el punto esencial del volumen.

El libro se concentra en dos aspectos que Mijares consideró fundamentales y en los que, da a entender, estribaba el porvenir del país. El primero era la demostración de que en Venezuela hay una tradición de trabajo, honradez y eficiencia, normalmente obviada, pero que tiene, nada menos, la importancia de haber permitido el funcionamiento y hasta la supervivencia de la república durante casi dos siglos. El segundo era la delimitación de una actitud negadora de todo ello, que encierra claves muy significativas sobre la mentalidad de sus ciudadanos y que está ampliamente difundida.

Mijares había publicado en 1938 un libro fundamental —*La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*— para desmentir la tesis del «gendarme necesario» que condenaba a los venezolanos a vivir bajo la tutela de los caudillos y había sido

el asidero ideológico del gomecismo. Frente a esa tradición del Cesarismo Democrático ha coexistido —y hasta dominado, cuando le ha sido posible— otra tradición de carácter civil,

zolano es tal cosa»— poniendo una distancia insalvable con el colectivo «incapaz». Pero hay algo más, algo estrechamente asociado con la índole de la nación: «(...) [el] contraste que

Lo que esconden las expresiones y los chistes que se oyen acerca de la ineptitud «del venezolano» es una honda actitud de no hacer nada y huir hacia el pasado como consuelo o señuelo de salvación

de la regularidad y las leyes. Tal fue su respuesta a Laureano Vallenilla Lanz, ideólogo del régimen, y su aporte al debate democrático del posgomecismo: su esperanza de que el imperio de las leyes y la democracia sí era posible en Venezuela. Veinticinco años después, las circunstancias eran más cercanas a una democracia liberal, por mucho que sus imperfecciones fueran notables y hubiera feroces resistencias de derecha y de izquierda. Pero algo, reflexiona Mijares, no estaba bien: algo que enturbiaba el porvenir y, peor, estaba firmemente enraizado en la actitud que a lo largo de siglo y medio los venezolanos habían desarrollado hacia sí mismos. Es un pesimismo con respecto a las propias capacidades que ya había visto en la justificación ideológica del gomecismo; un pesimismo que no había cesado con los espectaculares cambios impulsados por el petróleo y conspiraba contra la posibilidad de que la sociedad asumiera su destino, sin tutelajes ni complejos.

La prédica contra las posibilidades de Venezuela —la «interpretación pesimista» como postura histórica— muestra algunas de las variables más significativas del proyecto de nación y sus resultados. Hay en esto, afirmaba, mucho de pedantería: el que «aparenta lamentar que Venezuela hizo tal o cual cosa contra Bolívar, Miranda o Bello, es porque él mismo quiere señalarse como un Bolívar, un Miranda o un Bello, incomprendido», dice en *Lo afirmativo venezolano*; o porque desea subrayar una superioridad de otra índole —«el vene-

debió afrontar nuestra conciencia nacional cuando nuestros infortunios políticos —guerras, desorientación, personalismo— y la miseria del país, produjeron a mediados del siglo pasado [XIX] la caída vertiginosa de la República en relación con las aspiraciones colectivas de regularidad legal, probidad administrativa, libertad y cultura (...)».

Siete años después, en 1970 y en otro libro dedicado a la disección de la mentalidad de los venezolanos, Germán Carrera Damas, en su ineludible *El culto a Bolívar*, determina que es precisamente ahí, en esa contraposición entre lo que llama «el pesimismo sistemático» y lo que a mediados del siglo XIX se encontró como su antídoto: el «optimismo lírico», donde está el núcleo de la autopercepción del venezolano.

Ante el panorama de una república que parece haber incumplido todas sus promesas, ante la desazón de sus resultados, se encuentra en el refugio del pasado glorioso un lenitivo para el desencanto: «seremos, porque hemos sido». Si tal optimismo se ha movido fundamentalmente para paliar el desánimo que producen los logros nacionales, y si ha llegado a ser la filosofía del Estado y la base emotiva de la nación venezolana, es sorprendente lo hondo e importante que ha sido —y sigue siendo— eso que está en el fondo de lo demás: el «pesimismo sistemático».

Carrera Damas plantea el problema en toda su amplitud: es un cuchillo de doble filo que conduce al inmovilismo, a la incapacidad de la

sociedad para emprender sus transformaciones por sí sola. Siempre el contraste con lo actual resulta desfavorable, de forma fatal: «no somos capaces de nada». Además, la imagen de aquello con lo que se realiza el contraste es tan hiperbólica que no hay caso: «nunca volveremos a ser así, sobre todo si somos tan ineptos como somos». Naturalmente, cada cierto tiempo —Antonio Guzmán Blanco, que nada menos se hizo llamar por eso el Regenerador de la patria; Gómez, López Contreras y en proporción menor todos los demás, hasta el pico que al respecto representa Hugo Chávez— ha habido propuestas para volver al viejo heroísmo, para retomar el camino desandado por los héroes, para ser como los Padres de la Patria y así, finalmente, superar el marasmo nacional. Tal es el núcleo de los bolivarianismos que, al menos desde 1870, han sido rectores de la república: la convicción de que todo ha sido fiasco desde la Emancipación y que sólo volviendo, al menos en parte, a la heroicidad primigenia, se alcanzará la salvación. El régimen de turno es el que hará posible el sortilegio de esa salvación, de ese retorno a la Edad de Oro.

Tal convicción obliga a obviar todo lo que de bueno se ha logrado; a derogar el pasado republicano sin matizaciones de ninguna índole; a olvidar, como señala Mijares, al «héroe que resiste cuando los otros dudan; el que se rebela contra la rutina y el conformismo; el que se conserva puro cuando los otros se prostituyen. Un libro de moral cívica puede ser también una epopeya». Sí, «en este sentido, sigue Mijares, “Lo afirmativo venezolano” podría ser otro canto al heroísmo venezolano. Si todavía los subtítulos estuvieran de moda, le correspondería llevar éste: “Del heroísmo que no figura en *Venezuela heroica*”». La civilidad de los que llegaron temprano a sus trabajos, le dieron continuidad a los proyectos, fueron honestos y cívicos, con paciencia empujaron sus esfuerzos hasta el logro de metas que otros creyeron irrealizables.

Es la historia de los repúblicos que en las tormentas fundaron colegios y empresas, como Agustín Aveledo y Ricardo Zuloaga; que trabajaron en silencio por una mejor educación, como el recientemente descubierto y aún casi anónimo Guillermo Todd; que trabajaron la tierra y escribieron grandes obras, como Julio César Salas; que investigaron y construyeron, pintaron y crearon cosas como José Antonio Abreu, José González Lander, Carlos Raúl Villanueva, Humberto Fernández Morán, Jacinto Convit y tantos más.

¿Por qué, entonces, nos detenemos en las guerras civiles y no hacemos de un José Ángel Montero el héroe del siglo XIX, como otros países han hecho con quienes les compusieron óperas? ¿Por qué las obras de un Eugenio Montejó o un Aldemaro Romero deben ser eclipsadas por las tribulaciones del último tercio del siglo pasado, que fue el marco que las permitió? ¿Por qué siempre mirar lo peor? Tal vez por la facilidad del pesimismo, que a la postre no obliga a levantar la cerviz (no hay que buscar epígonos distintos a los de la Emancipación, ergo, no estamos obligados a ser mejores si no se nos pone en el trance de ganar otro Ayacucho), o por la costumbre, que tanto conviene a los regímenes de turno, de declarar que todo lo inmediatamente anterior fue peor y que éste, ahora sí, retomará la senda del Libertador.

El 13 de septiembre de 1941, en el acto fundacional del Partido Acción Democrática en el Nuevo Circo de Caracas, Rómulo Betancourt, señalando la importancia histórica que a su juicio encerraba aquel día, dijo:

Imagino la escena, que sucederá dentro de cincuenta años, en una población agraria de los Andes, forjada al arrimo de una potente planta hidroeléctrica, en una población donde en vez de los garajes para autos de lujo que se multiplican en Caracas, habrá garajes para tractores;

o bien, en una ciudad industrial de la Gran Sabana, construida en la vecindad de las chimeneas de los altos hornos, donde obreros venezolanos estén transformando en materia prima las fábricas venezolanas de máquinas esos mil millones de toneladas de hierro que en sus entrañas guarda, hoy inexplorada, la Sierra de Imataca.

Convertir los torrentes de los ríos en represas hidroeléctricas, llevar su energía hasta los más remotos pueblos andinos, desentrañar la riqueza minera de una Guayana aún lejana y virgen, llegar al extremo de cons-

Cada cierto tiempo ha habido propuestas para volver al viejo heroísmo, para retomar el camino desandado por los héroes, para ser como los Padres de la Patria y así, finalmente, superar el marasmo nacional

truir una ciudad en sus confines, eran imágenes que parecían sacadas de los sueños más caros y, para casi todos los venezolanos de entonces, inasequibles. Eran, prácticamente, utopías al ser contrastados con la realidad rural de campesinos descalzos, analfabetos, desnutridos y enfermos, con la ausencia de técnicos y capitales o con el descomunal esfuerzo que habían representado alcances bastante más humildes, como las carreteras de granzón dejadas por el gomecismo.

Si el 13 de septiembre de 1991, esos cincuenta años después, Betancourt hubiese tenido la oportunidad de echarle un vistazo a Venezuela, se habría encontrado con el país electrificado en casi su totalidad, con una importante industria siderúrgica, con una ciudad minera, Santa Elena de Uairén, en las puertas de la Gran Sabana y con otra industrial más al norte, Ciudad Guayana, donde los tractores serían más que los vehículos de lujo. Pero se habría encontrado también con un desencanto crecien-

te hacia Acción Democrática y hacia el régimen que —petrodólares mediante, es verdad— había producido como por arte de magia —el Estado mágico, lo llamó en ensayo célebre José Ignacio Cabrujas— cambios tan espectaculares. La generación que entonces alcanzaba su madurez le habría presentado un balance desolador de los logros de su nacionalidad. Es innegable que existían poderosas razones para ello; que el desprestigio de AD no era gratuito y que los cambios tuvieron no poco de embeleco. Pero, ¿qué hicimos los venezolanos? ¿Qué referencias buscamos para encontrar una solución? ¿Aquello que sí fue rescatable del período? ¿Los avances políticos en libertad, salud

o infraestructura? ¿El trabajo de los maestros, ingenieros, obreros, burócratas que lograron llevar las cosas con cierta pulcritud hasta que en los últimos años del régimen todo empezó a empeorar?

En modo alguno, entre el heroísmo que no aparece en *Venezuela heroica* y el que sí sale en el libro, preferimos el viejo y cómodo método de la epopeya decimonónica: olvidar lo «afirmativo venezolano» y declarar, de nuevo, como con Guzmán y con Gómez, que ahora sí retornaremos a la senda del Libertador, que todo lo que media entre su gesta y la actual ha sido un fiasco. Tal es la trampa del pesimismo sistemático. Eso es lo que esconden las expresiones y los chistes que se oyen acerca de la ineptitud «del venezolano»: una honda actitud de no hacer nada y huir hacia el pasado como consuelo o como señuelo de salvación. ■

Tomás Straka

Profesor de la Universidad Católica Andrés Bello